

## LENGUAJE, PODER Y POLÍTICAS DE PAZ

Por Eduardo Posada Carbó

En su análisis sobre el curso de las políticas norteamericanas después de los actos terroristas del 11 de septiembre, la profesora Sandra Silberstein argumenta que la “construcción de una nación en guerra” se hizo con la ayuda del “despliegue estratégico del lenguaje”.<sup>i</sup> Como en tantos otros análisis sobre el lenguaje y la política, Silberstein da por sentado que quien controla el gobierno – en su caso, el Presidente de los Estados Unidos -, tiene el poder determinante sobre las palabras, y, por lo tanto, la habilidad de presentar los eventos amañados a los propósitos gubernamentales.

¿Qué sucede, sin embargo, cuando los estados no tienen ese poder sobre las palabras, cuando, en efecto, el lenguaje dominante es el de sus enemigos? ¿Es cierto acaso que en países democráticos los gobiernos logren ejercer tanto control sobre el lenguaje? ¿Cuál es el impacto del terrorismo en el debate público? ¿Qué tan útil pueden ser análisis como el de la profesora Silberstein para el entendimiento del problema colombiano? ¿Y tiene alguna importancia discutir asuntos de lenguaje?

\* \* \* \* \*

Comencemos por este último interrogante. Mi respuesta es, sin dudas, positiva: el tema del lenguaje es de enorme significado para cualquier sociedad, sobre todo para aquellas que persiguen consolidar una organización democrática.

“Un mal lenguaje genera malas formas de pensar”, ha escrito Giovanni Sartori: “y malas formas de pensar es malo para cualquier cosa que quiera hacer después quien busca conocimiento”.<sup>ii</sup> Pensar con claridad exige claridad en el lenguaje lo que, a su turno – añade Sartori –, requiere prestar atención a las palabras y sus definiciones, en particular aquellas palabras importantes que encierran “conceptos” – palabras que constituyen “unidades de pensamiento” –.

Al proponer el ejercicio de revisar conceptos, Sartori no estaba sugiriendo la búsqueda de consensos, sino la necesidad de restablecer la inteligibilidad donde él percibía ambigüedades y equívocos. El interés de Sartori, claro está, fue el de promover el ejercicio en las ciencias sociales, tras observar cierto estado caótico en sus disciplinas.

Pero sus observaciones no son sólo válidas para los académicos. Me parecen de suma relevancia para el debate de opinión pública, condicionante en últimas del curso de las democracias modernas.

Lo que dicen los gobernantes debe ser, por supuesto, objeto de análisis por parte de académicos y analistas políticos. Es lo que hace Sandra Silberstein en su libro *War of Words* (“Guerra de palabras”), cuyo trabajo se inscribe en la extensa literatura que existe en los Estados Unidos sobre la retórica presidencial. Regresemos, pues, brevemente a sus principales postulados.

Silberstein busca explicar cómo, a través de la lingüística, un acto de “terror” se convirtió en un acto de “guerra”, a partir del cual la administración Bush emprendió la guerra contra el terrorismo. O, desde una perspectiva más general, cómo el poder empleó el lenguaje para darle sentido a sus decisiones políticas.

“Hablar *es* gobernar” - este es el punto de partida de su análisis: el reconocimiento del papel moderno que representan los presidentes en la era de los medios de comunicación masiva -. Según Silberstein, a través de la “reconstrucción retórica” de los eventos del 11 de septiembre, Bush fue “capaz de trazar la agenda”; demostró estar en control. Así lo sugiere el cuidadoso análisis que Silberstein hace de sus diferentes intervenciones en aquellos días de septiembre. Cuando el presidente hablaba, estaba gobernando. Su retórica moldeó los siguientes acontecimientos, incluidos la “guerra contra el terror”, y su posterior ratificación en la presidencia. “Quizá más importante” – señala Silberstein -, aquel “lenguaje público (re) creó la identidad nacional”.

No tengo suficientes elementos de juicio para saber hasta qué punto las conclusiones de la profesora Silberstein son válidas. Es posible que las palabras del presidente de los Estados Unidos tengan el poder que su análisis les confiere. Pero tal interpretación presupone, por lo menos, las siguientes condiciones: (1) una muy sofisticada y recursiva burocracia, capaz de articular una retórica poderosa y persuasiva; (2) la ausencia de una retórica de oposición en el debate público; (3) unos medios de comunicación sumisos y un auditorio crédulo e ingenuo; (4) la incapacidad de los grupos violentos y terroristas de influir la agenda.

¿Qué sucede, sin embargo, si falta o faltan una o todas esas condiciones?

Considérese un escenario distinto del examinado por Silberstein, donde grupos armados han golpeado con violencia y terror no una sino centenares de veces durante décadas; donde sucesivos gobiernos han intentado distintas políticas para enfrentar el problema, a lo largo de todo ese tiempo, en vano; donde el personal en la oficina presidencial es insuficiente y, donde los presidentes suelen improvisar sus discursos, con poca atención a

la semántica; donde existe una abierta discusión sobre el origen y la naturaleza del problema.

En dicho escenario, la habilidad del gobierno para determinar el curso de los eventos a través de “un despliegue estratégico del lenguaje” es limitado – incluso es posible que no exista la debida conciencia sobre la importancia de tal estrategia -. Más aún, en tal escenario, es posible que la habilidad de imponer la agenda esté en manos más bien de los grupos violentos que enfrentan al Estado, o simplemente que nadie esté en control de la agenda, que lo que predomine sea la confusión y el caos.

\* \* \* \* \*

La primera reflexión que me provocó el texto de Silberstein fue sobre la ausencia de tales ejercicios en Colombia.

Entre nosotros no existe la disciplina de estudiar discursos presidenciales.<sup>iii</sup> Ni entre académicos, ni entre formadores de opinión en la prensa, donde con frecuencia no se presta la debida atención a la retórica presidencial, y hasta se la ignora. Más aún, la historiografía moderna sobre cómo han trabajado los distintos presidentes – la selección del personal; el proceso de toma de decisiones; la organización interna de las respectivas administraciones; sus contactos con la opinión pública, los partidos, el Congreso o los alcaldes y gobernadores; en fin, el manejo diario de la tarea de gobernar -, está en ciernes.<sup>iv</sup>

A falta de estudios o análisis sistemáticos, lo que se pueda decir sobre el tema es apenas tentativo. Se pueden adelantar, sin embargo, algunas conjeturas.

La retórica gubernamental quizá varió significativamente de uno a otro presidente. Así mismo, unos fueron tal vez más cuidadosos con el lenguaje que otros. En su momento, los discursos del Presidente Barco llamaban la atención porque eran leídos - una práctica generalizada en las democracias avanzadas, pero que en Colombia recibió entonces muchas críticas -.

Más allá del cuidado que hayan tenido los distintos presidentes en la articulación retórica de sus discursos durante las últimas dos décadas, no parece que - como sugiere Silberstein para el caso estadounidense -, el lenguaje presidencial haya determinado el curso del debate público.

Pues lo que ha predominado - y sigue predominando -, en el debate de opinión es un lenguaje deslegitimador del Estado colombiano, justificatorio con frecuencia de la lucha armada revolucionaria. Como lo observó Mauricio Rubio, “el discurso de la guerrilla colombiana en materia de violencia se impuso de tal manera, o la subversión se apoderó tan hábilmente de la sabiduría convencional sobre la violencia, que en la actualidad uno y otra son inseparables”.<sup>v</sup> Rubio se preguntaba por lo “extraño” del fenómeno colombiano donde parecería haberse impuesto, “sin salvedades, la visión de la contraparte...”.<sup>vi</sup>

En distintos trabajos, incluidos los ensayos escritos para la FIP ([www.ideaspaz.com](http://www.ideaspaz.com)), he venido examinando algunos de los conceptos - equívocos y contraproducentes a la solución del conflicto, creo -, que lograron imponerse en el discurso dominante. Términos como “Establecimiento”, “guerra civil”, “ilegitimidad del Estado” entraron a formar parte corriente del lenguaje de muchos analistas y hasta del de notables dirigentes nacionales, con implicaciones no suficientemente reconocidas para el curso democrático. Las ambiciones de paz se postularon en términos maximalistas, bajo los cuales la

sociedad tendría que reconciliarse consigo misma antes que los grupos armados ilegales con la sociedad.

La administración Uribe ha desplegado esfuerzos por motivar el debate sobre el lenguaje del conflicto en Colombia. Hay que reconocer tales esfuerzos, así se esté en desacuerdo con algunos de sus postulados o con la forma como a veces se han planteado.<sup>vii</sup>

Desafortunadamente, muy pocos analistas parecen dispuestos aún a aceptar la importancia de una discusión que subvaloran como “semántica”, desconociendo así precisamente su significado social y político.<sup>viii</sup>

\* \* \* \* \*

“La guerra de palabras” que plantea el libro de Silberstein es, pues, muy diferente a la que tendría que analizarse en el caso colombiano.

Aquí no existe el predominio de esa retórica presidencial que Silberstein presupone en el debate de opinión en los Estados Unidos. Habría que cuestionar incluso si en las últimas décadas – y hasta en la actual administración –, la retórica presidencial se maneja con el cuidado que parece observarse en los Estados Unidos.

Con todo, el ejercicio de Silberstein me parece relevante en un sentido: hay que estimular mayor interés en el análisis del lenguaje, sobre todo en sociedades como la nuestra, enfrentadas a las amenazas de grupos armados cuyas acciones de terror buscan, en efecto, crear confusión. Quizá un mayor interés por parte de los analistas en el lenguaje estimularía mayores responsabilidades en la retórica del poder y podría condicionar un clima de opinión conducente a la solución definitiva del conflicto, bajo los parámetros de la libertad y la democracia.

## Referencias bibliográficas

---

<sup>i</sup> Sandra Silberstein, *War of Words. Language, politics and 9/11* (Routledge: Londres y Nueva York, 2002), pp xi-11.

<sup>ii</sup> Giovanni Sartori, “Guidelines for concept analysis”, en Sartori, ed., *Social science concepts. A Systematic analysis* (Beverly Hills y Londres: Sage, 1984), p. 15.

<sup>iii</sup> Esto, a pesar de la publicación regular de documentos oficiales. La colección *Hechos de paz*, editada bajo la administración Pastrana, alcanzó por los menos unos 15 volúmenes. Hace poco se publicó una selección de discursos del Presidente Uribe, *Del escritorio del presidente* (Bogotá: Imprenta Nacional, 2005). Sus discursos aparecen además en el portal electrónico de la presidencia: [www.presidencia.gov.co](http://www.presidencia.gov.co)

<sup>iv</sup> Monografías de académicos como los de David Bushnell o Leon Helguera sobre las administraciones de Santander y Mosquera, o volúmenes de ensayos como el editado por Malcolm Deas y Carlos Ossa sobre la administración Barco, son excepcionales.

<sup>v</sup> Crimen e impunidad. *Precisiones sobre la violencia* (Tercer Mundo y Cede: Bogotá, 1999), p. 226.

<sup>vi</sup> *Idem*, p. xiii.

<sup>vii</sup> Véase el libro de José Obdulio Gaviria, *Sofismas del terrorismo en Colombia* (Bogotá: Planeta, 2005).

<sup>viii</sup> Para un trabajo excepcional sobre el tema, véase Fernando Estrada Gallego, *Las metáforas de una guerra perpetua. Estudios sobre pragmática del discurso en el conflicto armado colombiano* (Medellín: Eafit, 2004).